



Jaime Szpilka*

Sobre la transitoriedad

1. El hermoso trabajo de Sigmund Freud *La transitoriedad* (1916 [1915]/1992d), escrito con cierta poesía y con un optimismo bastante insólito, ya que fue redactado en los comienzos de la primera gran guerra, forma parte de un volumen conmemorativo que se publicó bajo el nombre *Das Land Goethes, El país de Goethe*, en el cual participaron otros prestigiosos y conocidos intelectuales de su época.

Freud relata sus pensamientos después de un bucólico paseo en los Dolomitas con un joven amigo poeta, del cual destaca su carácter taciturno. Este amigo expresaba, junto con la admiración de la hermosa naturaleza que los rodeaba durante el paseo, su imposibilidad de regocijo, ya que toda esa belleza estaba destinada a desaparecer en el invierno, al igual que todo lo bello y noble que los seres humanos pudieran crear. De allí que la transitoriedad a la cual todo estaba condenado escatimaba el valor de su amor y admiración. Y esa posición –que Freud entiende y tolera, y que creo que representa parte de su propio sentimiento– es la que Freud pretende rebatir y desbaratar en sus reflexiones.

2. Manifiesta que de la caducidad de lo bello y perfecto pueden derivarse dos distintas mociones, una que lleva al hastío del mundo, como en el caso del joven poeta, y la otra a una rebelde revuelta del alma.

No, es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse en la nada. Sería demasiado disparatado e impío creerlo. Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras. (Freud, 1916 [1915]/1992d, p. 309)

Para agregar enseguida que esa exigencia de eternidad trasluce demasiado nuestra vida de deseo, que le impide reclamar su valor de realidad. Y continúa con una aseveración radical: que también lo doloroso puede ser verdadero. Como que la eternidad de lo bello pierde la verdad frente a la realidad del dolor de la existencia, pero como si en lo bello hubiera un rastro de mentira deseante, mientras lo verdadero fuera el dolor de la realidad.

Vale la pena hacer un alto para recordar que ya en *La interpretación de los sueños* (1900/1991b), Freud plantó las bases de la vida desiderativa,

expresando que un elemento esencial de la vivencia de satisfacción es la presencia de una percepción cuya imagen mnémica quedará de allí en más asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación que produjo la necesidad. Cuando esta sobreviene otra vez, y gracias al enlace así establecido, se suscita un movimiento psíquico que busca investir otra vez la imagen mnémica de aquella percepción para restablecer así la primera satisfacción. Es una moción de ese orden la que denomina como deseo, *Wunsch*, mientras su cumplimiento, *Wunscherfüllung*, es la reaparición de la primera experiencia de satisfacción. Y Freud agrega que el camino más corto e inmediato para ese cumplimiento es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la plena investidura de la percepción. La primordial actividad psíquica desiderativa apunta a una identidad perceptiva que consiste en la inmediatez repetitiva de la primera experiencia de satisfacción de la necesidad. Y justamente en ese momento Freud nos introduce en el primer drama subjetivo que poéticamente describe como “una amarga experiencia vital” (p. 558) que trastoca la actividad pensante primitiva, la más corta e inmediata, por otra más acorde al fin, en tanto la pura investidura de la huella mnémica de la percepción de la primera satisfacción no tiene los efectos económicos asociados con la investidura de la percepción desde el afuera, desde lo “doloroso de lo verdadero” que produce la *Befriedigung*, la apaciguante satisfacción de la necesidad. Es bien sabido que desde la mítica “amarga experiencia vital” se instala una brecha permanente entre *Wunscherfüllung* y *Befriedigung*, de manera tal que toda *Wunscherfüllung* va a carecer de la *Befriedigung*, y toda *Befriedigung* va a carecer de la *Wunscherfüllung*. La *Befriedigung* que se produce por el camino de la amarga experiencia vital, lo doloroso que puede ser verdadero, a fines de supervivencia, implica en su satisfacción al mismo tiempo la constatación de la carencia de la primera identidad, no porque antes la hubiera habido, ya que ni siquiera en el momento mítico se plantea el problema de la verdad y de la identidad, pero después, en el pasaje por el otro exterior de la realidad, se impone en la amarga experiencia vital la dura realidad, en el mismo instante en el que la permanencia en la identidad se instaura como imposible.

Es importante incidir entonces en el problema de la temporalidad, ya que la *Wunscherfüllung* plantea un eterno presente, que es lo que tal vez define mejor a la eternidad, frente a un pasado y a un futuro que implican pérdida e incertidumbre, pero que, sobre todo al abrir la dimensión del tiempo como aquello que transcurre, abren también el camino hacia la finitud.

3. Freud sigue su discusión con su pesimista amigo manifestando que la transitoriedad de lo bello, por el contrario, debería aumentar su valor, y que la restricción y la escasez temporal en la posibilidad de goce lo tornan más apreciable aun, que la hermosura de la naturaleza se renueva y puede adquirir casi valor de eternidad en relación con el lapso limitado de nuestra vida, y que si llegara un tiempo en el que las imágenes y estatuas que hoy admiramos se destruyeran o que nos sucediera un género humano muy distinto al nuestro, que no fuera sensible a esa belleza, o una era geológica en la que todo en la tierra se destruyera, el valor de lo bello estaría igualmente valorado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva, más allá de la necesidad de su existencia exterior. Claro que se plantean aquí dos cuestiones diferentes; una, la de la persistencia del mundo exterior en su realidad más allá de nosotros mismos; y otra, igual en impor-

* Asociación Psicoanalítica Argentina. Asociación Psicoanalítica de Madrid.

tancia, como es la de nuestra permanencia propia que nos permita gozar de nuestra sensibilidad. Pero, a su pesar, Freud percibe que su reflexión no hace mella en su “joven amigo” y atribuye esto a un factor afectivo que relaciona con el duelo, una revuelta anímica contra el duelo que perturba el goce de lo bello, ya que, deseando el alma apartarse de todo lo doloroso, prefiere menoscabar el goce de lo bello debido a su transitoriedad.

Freud comienza aquí una digresión sobre el duelo que anticipa algo de su trabajo *Duelo y melancolía* (1917 [1915]/1992a). Dice que poseemos una capacidad de amor, de libido, que estando dirigida primariamente sobre el yo, muy pronto se vuelve a los objetos que quedan así incorporados al propio yo. Si los objetos se pierden o son destruidos, la libido queda disponible en libertad para investir nuevos objetos o volver al yo. No obstante, se pregunta por qué el desasimiento de los objetos resulta tan doloroso, aunque un sustituto lo esté aguardando. Freud dice no comprenderlo, pero es evidente que la pérdida de los objetos implica también pérdidas del propio yo.

Finalmente, se refiere a lo doloroso de la guerra y a la destrucción de todo lo bello que la misma implica. Sin embargo, se pregunta si los bienes perdidos se han desvalorizado realmente porque demostraron ser perecederos y frágiles. Concluye que quienes piensan de esa manera se encuentran en estado de duelo por la pérdida, y agrega algo que creo que tiene un valor fundamental:

Sabemos que el duelo por doloroso que pueda ser expira de manera espontánea. Cuando se acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos, que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. (Freud, 1916 [1915]/1992d, p. 311)

4. Freud incide nuevamente en el punto fundamental de la temporalidad, en el cual comienza a sospecharse que lo transitorio que no permite el regocijo de su joven poeta amigo no reside tanto en la transitoriedad del mundo exterior como en la transitoriedad del propio sujeto. Como que el duelo fundamental donde incide la brecha permanente entre *Wunsch Erfüllung* y *Befriedigung* implica la pérdida de la eternidad del eterno “presente” imaginario de la realización de deseos, dando lugar al pasado y al futuro de la dolorosa realidad temporal en la que el sujeto adviene a la finitud, y que solamente se consuela con la esperanza de que advendrá un futuro donde todo se transformará otra vez en un presente perpetuo. Como dice Freud con ese consuelo maravilloso de sus palabras: “Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y duradero que antes” (Freud, 1916 [1915]/1992d, p. 311). Claro que aquí Freud no había escrito todavía su impresionante *Más allá del principio de placer* (1920/1992e) y su no menos impresionante *Análisis terminable e interminable* (1937/1991a).

Me parece interesante recordar algo que Freud abordó en *Introducción al narcisismo* (1914/1992c) y que viene muy bien a colación. Comenta en un momento de su trabajo que las pulsiones libidinales aisladas de las pulsiones yoicas permiten en el ámbito del narcisismo hacer inferencias retrospectivas a una época en la que ambas pulsiones actuaban de consuno en una inseparable unión. Y en ese momento insiste en que un amor dichoso responde al estado primordial en el que la libido del objeto

y la del yo coincidían, concluyendo en que ser de nuevo como en la temprana infancia uno mismo su propio ideal, incluso para sus aspiraciones sexuales, sería la dicha a la que aspiran los seres humanos, como si al fin y al cabo en esa dicha coincidieran por fin, hipotéticamente, la *Wunsch Erfüllung* con la *Befriedigung* sin brecha alguna, lo que describiría a mi juicio lo esencial del fenómeno de la esperanza.

5. En *Tiempo de magos*, W. Eilenberger (2019) insiste en que, para Heidegger, la experiencia perturbadora tiene relación fundamental con la forma específica de una temporalidad en constante fluir en la que se hayan sumidos los seres humanos, una experiencia temporal que es asimismo una experiencia de finitud. Y es importante constatar que el tema de la eternidad no se presenta frente a los entes no humanos, sino que se presenta frente a los que, por nuestra finitud, al carecer de la eternidad, nos la planteamos como problema. Siguiendo con Heidegger, es en las experiencias más radicales donde surgen especialmente las grandes preguntas sobre el ser, cuando se delatan la ausencia de fondo y el profundo abismo existencial, donde la experiencia de proximidad de la muerte se anuncia en la angustia y en las experiencias de la conciencia moral. Todo esto, precedido además de una cuestión trascendental de cómo los seres finitos sujetos a la temporalidad pueden llegar a una concepción o un saber acerca de objetos o fundamentos que no estarían sujetos a la finitud y, por lo tanto, a la temporalidad misma. W. Eilenberger sigue exponiéndonos magistralmente, en la obra citada, la insistencia heideggeriana en que la pregunta por la verdad solo tiene sentido para el sujeto finito; dios no se haría esa pregunta y, por ende, la verdad del mundo y de los entes no sería nada fuera de esa pregunta y de esa insistencia del sujeto temporal. Y sigue tratando de explicar que el concepto de eternidad solamente es posible debido a una trascendencia interna del tiempo mismo, como que la permanencia en el recuerdo del pasado, el presente y el futuro en el propio sujeto se externalizaría al mundo exterior como permanencia de una sustancia eterna. Esta última sería en realidad un error metafísico, producto de la imaginación temporal del sujeto finito.

6. En un artículo reciente (Szpilka, 2020), mencioné a T. Adorno, que en referencia a las circunstancias que rodearon la novena sinfonía de Mahler, sintetizaba con belleza la relación entre el dolor del sufrimiento y la creación: “solo en tanto recuerdo es dulce la vida, y justo eso es el dolor” (párr. 9). También cité el hermoso título del último libro traducido de Israel Singer, *De un mundo que ya no está*. Son interesantes observaciones de cómo puede plantearse y experimentarse el ser desde el reconocimiento de la ausencia, casi desde el dolor de su inminencia, en el momento justo de su desvanecimiento. Un sentimiento que nos es familiar al mirar una fotografía antigua. Y qué no decir al respecto, asumiendo la importancia que Freud dio al concepto de *Nachträglichkeit*, posterioridad, y a la naturaleza casi siempre encubridora de los recuerdos...

Volviendo a Heidegger, al que si bien tildé de aborrecible por muchas razones en el artículo referido, sin embargo es importante destacar el valor de su concepto de diferencia ontológica, el ente no se corresponde con el ser, y también constatar la deuda que tiene con Freud mismo. En *Ser y tiempo* (Heidegger, 1927) insiste en la importancia fundamental de la temporalidad como experiencia del ser en virtud de la finitud, es decir, de

dejar de ser. Y reitero que lo esencial es mencionar la angustia y la conciencia moral como sus principales exponentes. En el dolor sufriente de la angustia siempre se “duela” por el tiempo. Y por eso Freud al final de su artículo sobre la transitoriedad insiste en el “si todavía somos jóvenes y capaces de vida” (Freud, 1916 [1915]/1992d, p. 311), ya que por más primaveras que retornen y por más flores que vuelvan a florecer, solo la presencia viva del sujeto permite darles significación y valor sensible, porque lo único verdaderamente transitorio, la verdadera *Vergänglichkeit*, es la del sujeto humano mismo. Y ya expresamos arriba que el mundo de los entes no se preocupa por la eternidad, solo el sujeto finito, que no la tiene, construye el fantasma de lo eterno.

Y vale la pena destacar la importante articulación entre la falta ontológica y la falta moral. La falta ontológica se delata en un quiebro de la trascendencia interna del tiempo, que desmiente la ilusión metafísica de una sustancia eterna. Por eso decía tan bien Adorno que el recuerdo dulce también era el dolor. Y quiero relevar el engarce de la falta ontológica (el abismo en Heidegger, la castración en Freud) con la falta en términos legales que emerge en la conciencia moral. Por eso, insisto en la pregunta: ¿acaso hay otra forma de “normalizar” la falta ontológica que deshace la ilusión metafísica del ser substancial, del “hay algo”, que transformando lo que no puede ser, el ser fuera de la temporalidad y de la finitud, en ley de interdicción del incesto? Que lo que no puede ser ontológicamente no pueda ser por interdicción legal: ¡que con la madre no pueda ser! De allí resulta que Freud, aún discriminando, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]/1992b) articula la angustia con el dolor y el duelo. Como humanos, la falta ontológica se expresa, en el mejor de los casos, como falta legal.

El joven poeta taciturno que acompañaba a Freud no podía gozar del presente maravilloso por no poder soportarlo como instante dentro de un flujo de pasado y de futuro, porque implicaba soportar la finitud, su propia transitoriedad. Ansiaba un presente constante sin pasado ni futuro, la eternidad, que resultaría solamente de la confluencia de la *Wunscherfüllung* con la *Befriedigung*; confluencia que, gracias a la *Nachträglichkeit* freudiana aplicada a esa temprana observación de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1991b), adquiere todo el valor de un incesto cumplido, sobre todo cuando se refiere no tanto a un objeto que falta en la realidad, sino a un objeto presente pero atravesado por la ley de interdicción. Así, el joven poeta adquiere el valor del héroe hamletiano en su obcecada disyunción de ser o no ser, como ignorando que, en lo humano, la finitud inscribe siempre más que la disyunción categórica, la transitoriedad conjuntiva del ser y no ser.

Resumen

Revisando el texto de Freud *La transitoriedad*, se postula que el núcleo conflictivo es la transitoriedad del propio sujeto. La sempiterna diferencia entre *Wunscherfüllung* y *Befriedigung* impide la realización imaginaria del eterno presente, e instala el flujo temporal que apunta a la finitud. Siempre el duelo fundamental es por el tiempo. El joven poeta taciturno que no gozaba del presente, por su transitoriedad, no soportaba el instante dentro del flujo temporal, como un fracaso en la interdicción del goce con lo real, lo que define la prohibición del incesto. Esa interdicción es la única forma de “normalizar” como falta legal la falta ontológica de ser fuera del tiempo, de allí que deviene un héroe hamletiano que solo so-

porta la disyunción entre ser o no ser, y no contempla la conjunción real de ser y no ser, que define a lo humano.

Descriptores: *Cumplimiento de deseo, Satisfacción, Temporalidad.*

Abstract

Reviewing Freud's text *The transcience*, it is postulated that the conflictive nucleus is the transcience of the subject themselves. The everlasting difference between *Wunscherfüllung* and *Befriedigung* prevents the imaginary realization of an eternal present, installing the temporal flow that points to finitude. The fundamental mourning is for time. The young taciturn poet, who could not enjoy the present due to its transcience, could not bear the moment within the temporal flow, as a failure in the interdiction to enjoy the real, that defines the prohibition of incest. This interdiction is the only way to normalize as a legal lack the ontological lack of being outside of time. The young poet becomes a hamletian hero that can not consider the real conjunction of being and not being which defines the human.

Keywords: *Wish fulfilment, Satisfaction, Temporality.*

REFERENCIAS

- Eilenberger, W. (2019). *Tiempo de magos*. Madrid: Taurus.
- Freud, S. (1991a). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (1991b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1992a). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- Freud, S. (1992b). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- Freud, S. (1992c). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1992d). La transitoriedad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 [1915]).
- Freud, S. (1992e). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Heidegger, M. (2013). *Etre et temps*. París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1927).
- Szpilka, J. (2020). Breve apunte sobre el dolor psíquico. *La época*, 25. Disponible en: <https://laepoca.apa.org.ar/Revistas/25-Dolor-Psiquico-y-duelos/Breve-apunte-sobre-el-dolor-psiquico>